

De aquí que se obligasen con dicho voto á hacer para su propia salvación, por lo menos por fidelidad á Dios, lo que la frialdad de su caridad les hubiera á veces representado como demasiado difícil.

5. Progresos, no tan sólo en punto á saber, sino en ejecutar.—Pero cuanto más grande es la obligación de aspirar constantemente á hacer progresos en la perfección, más apremiante es la necesidad de ella, y más importante darse cuenta de en qué consiste ese progreso, y cómo puede uno realizarlo. ⁽¹⁾

Los antiguos filósofos tenían continuamente en los labios la palabra progreso, y no tenemos necesidad de decir qué papel representa hoy día en los espíritus; pero también sabe todo el mundo cuán vagas y contradictorias son las ideas á él inherentes.

Sólo hay un punto en el cual se muestran generalmente de acuerdo la mayor parte de sus campeones. Para ellos, progreso es sinónimo de librepensamiento, pero ni siquiera piensan en ver en él un auxiliar del bien.

Mas en esto consiste precisamente el error más funesto.

Si el mundo concibiera el hombre como algo viviente, es decir, como un todo indivisible, no sería posible semejante exclusivismo. Pero formar al hombre no consiste en reducirlo á trozos, en cubrir uno de estos trozos con oro y barniz, y dejar caer por tierra á los demás. Esta especie de supuesta información nos recuerda el embalsamamiento de los ricos egipcios tal como lo describe Herodoto. ⁽²⁾

Bajo este concepto, encontramos, por excepción, en los mismos estoicos—los cuales se servían de la expresión *progreso* con particular predilección—más conformidad con la verdad de lo que tenemos derecho á esperar de ellos.

Naturalmente, también ellos—sin esto no serían estoicos—insisten especialmente en la ciencia. Para ellos

(1) Muy abundante es la bibliografía sobre la *via illuminativa*. Cf. especialmente Alvarez a Paz, II, l. 3; III, l. 1, 2, 3, p. 2; l. 4, p. 2. Schram, *Theol. myst.*, II, tr. 1, 2. Meynard, *Vie intérieure*, (3), I, 189-410. Sandreau, *Les degrés de la vie spirituelle*, (2), I, 249-608.

(2) Herodot., II, 86.

el hombre perfecto es el sabio. «Así, pues,—como decía Séneca—el que hace progresos no es más que un insensato que todavía no ha encontrado la sabiduría, pero que por lo menos está en camino para llegar á ella». ⁽¹⁾

Sin embargo, por esta vez comprendieron que no lo constituye todo la simple idea de progreso, proclamando que el verdadero progreso existía únicamente cuando el hombre había aprendido á domar su pasión, ó á moderar su avidez y á practicar actos de virtud. ⁽²⁾

Por otra parte, no cabía duda alguna sobre esta materia; pero, por desgracia, hay hoy pocas verdades que sean negadas tan generalmente como ésta.

Sin embargo, no faltan ocasiones para convencerse de su existencia.

Encontramos muchas personas que conocen exactamente sus deberes, y que hasta intentan hacer comprender á los otros lo verdadero, lo bueno y lo bello. Pero no se les ocurre obrar según sus convicciones. Son personas de quien puede uno repetir lo que el Salvador dijo de los escribas y fariseos: «Practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren, pero no arregléis vuestra conducta por la suya, porque dicen y no hacen». ⁽³⁾

Estas personas mediocres pueden ser sabios, iluminados, espirituales, pero ciertamente nadie querrá colocarlos entre los buenos, ni, con mayor razón, entre los que progresan.

Nuestras prisiones, que hay que aumentar cada día á pesar de los beneficios de la civilización, contienen muchos criminales que conocen perfectamente los inventos de la ciencia moderna y que de ellos se han servido para ejecutar sus perniciosos designios. Si, pues, la ciencia fuese ya un progreso por sí misma, razón de lamentarse tendrían estos criminales de que no se les honre como héroes del progreso.

(1) Séneca, *Ep.* 75, 8.

(2) Plutarch., *De profect. in virtut.*, 12; *Commun. notit.*, 10, 1. Séneca, *Ep.* 75, 8 y sig.—(3) Matth., XXIII, 3.

No, no hay que buscar el progreso en la vana ciencia. Un progreso que consiste únicamente en conocer mejor lo que es bueno y justo, sin hacer á uno más fiel en el cumplimiento del deber, antes merece el nombre de retroceso que el de progreso. Porque la ciencia sola no hace al hombre mejor; no hace más que agravar su pecado, aumentar su responsabilidad y su castigo. ⁽¹⁾

Los progresos en la ciencia son, pues, excelentes, pero vale más el progreso moral. Un progreso en la ciencia, por grandioso que sea, es siempre exclusivo, y no hace más que hombres mediocres. Si uno quiere convertirse en hombre completo y en cristiano perfecto, debe procurar llegar á serlo, no sólo con el estudio, sino, ante todo, con una vida virtuosa.

6. ¿Por qué razón llama la mística á la vía de progreso, vía iluminativa?—Ahora bien, ¿cómo es que el lenguaje tradicional emplea, para caracterizar el grado del que progresa en la virtud, una palabra que parece expresar de intento únicamente un progreso en el conocimiento y no en la acción?

En efecto, llámase ordinariamente al segundo grado del camino de la perfección *vía iluminativa*. ¿No es esto caer en el error que acabamos de censurar?

En manera alguna. El que comprendiese estas palabras en semejante sentido, se engañaría por completo.

La iluminación de que aquí se trata, es una iluminación no sólo de la inteligencia, sino de todo el hombre.

Evidente es que la vida sobrenatural supone una iluminación divina de la inteligencia. Ya hemos dicho ⁽²⁾ que sería un error buscar la eficacia de la gracia únicamente en un impulso exclusivo y violento ejercido sobre la voluntad.

El cristiano obra del mismo modo que el hombre, y la gracia produce su acción sobre él de una manera conforme con su naturaleza. Mas el hombre no puede obrar

(1) Luc., XII, 47.

(2) V. Vol. IX, III, 26.

libremente sin que la inteligencia ofrezca sus luces á la voluntad; y, si comete una acción para la cual no le haya prestado sus luces, no puede imputársele á él, no puede considerarse como un acto humano.

Así también, no sería una acción libre del cristiano, por consiguiente, una acción meritoria, si la influencia del Espíritu Santo impulsase únicamente la voluntad hacia el bien. Sería ésta una acción del Espíritu Santo, pero el hombre no se aprovecharía más de ella, ni se haría mejor por ello, que si este mismo espíritu de Dios le cogiese, lo transportase por los aires, ó se sirviese de él como de un instrumento para hacer un milagro.

Si, pues, la voluntad debe poder colaborar libremente con la gracia, siguiendo las disposiciones humanas, la influencia del Espíritu Santo debe dirigirse desde luego á la inteligencia iluminándola, y obrar en seguida sobre la voluntad por medio de la inteligencia iluminada.

Esto no quiere decir que la gracia abandone la voluntad á sí misma y á la dirección de la inteligencia, sino que la acompaña en la acción y la guía, como previamente la ha prevenido. Pero así como no obra nunca á medias, nunca por saltos y sacudidas, así también no fracciona jamás al hombre, sino que lo abarca por completo.

Para expresar con la claridad posible esta doctrina tan importante, de cuya exacta concepción dependen la inteligencia de la vida intelectual y la conducta que hay que seguir para apropiársela, se han escogido deliberadamente las palabras *vía iluminativa*, para designar la parte principal de la perfección, que consiste precisamente en el trabajo de los que progresan.

Mas, considerada desde otro punto de vista, esta expresión tiene todavía otra significación.

Parece, de ordinario, que en el mundo no se conoce otra perfección, ni otra actividad intelectual, que la ciencia. No nos detendremos en investigar si hay aquí algo más elevado en el dominio de la vida natural. El que no posee las luces de la Revelación y la gracia de Dios, puede

practicar cierta virtud natural, y aun debe hacerlo; pero todo el mundo sabe lo que ocurre en la práctica.

Por eso comprendemos que se exagere tanto la importancia de la ciencia. Pero no vemos en ello más que una confesión del mundo reducida á declarar que la virtud natural tan elogiada, ó, como se dice, independiente de la religión, en realidad no existe en él.

Pero en el campo sobrenatural, vemos realizadas millares de veces, por efecto de la gracia, virtudes que pueden sufrir cualquier prueba, y que, por su grandeza y solidez, son inmensamente superiores á la árida ciencia.

Son éstas en parte las llamadas virtudes morales, es decir, las virtudes del corazón y de la voluntad, y en parte también, las virtudes intelectuales.

Que el espíritu puede y debe practicar la virtud, he aquí una cosa en la cual se piensa muy poco. Y, sin embargo, estas virtudes son en sí mismas más sublimes que las que tienen asiento en la voluntad, aun hecha abstracción de su papel propio de regir la práctica de las virtudes morales. ⁽¹⁾

Pero, entre las virtudes intelectuales hay una que ocupa el primer puesto, y que, no obstante, llama tan poco la atención del mundo, que apenas se pronuncia su nombre.

La antigua filosofía pagana no comprendía su naturaleza; verdad es, pero, á pesar de ello, la respetaba, concediéndole siempre un puesto de honor entre las virtudes humanas. Nos referimos á la virtud de la *sabiduría*.

Así, pues, cuando, entre los maestros cristianos de la vida espiritual, se trata de la iluminación, no hay que pensar desde luego y únicamente en la ciencia, sino que, ante todo, hay que considerar la sabiduría cristiana, es decir, la sabiduría sobrenatural.

La virtud de la sabiduría de que hablamos aquí, no se refiere tan sólo á la perspicacia, á la prudencia y á la ex-

(1) Thomas, 1, 2, q. 66, a. 3.

periencia humana, sino que es la cooperación personal y libre á un don divino y particular, el don más sublime entre todos los dones del Espíritu Santo.

Este don de sabiduría es infundido, en primer término, á la inteligencia. ⁽¹⁾ Pero no limita su eficacia á ésta, sino que incita del mismo modo la voluntad á la energía, y el corazón á la caridad. ⁽²⁾ Esta es la razón por la cual la virtud de la sabiduría no consiste únicamente en un simple acto de la inteligencia, sino que el amor de Dios y la actividad de la voluntad le están tan necesariamente unidos, que no podrían existir sin su concurso.

Por consiguiente, la iluminación de la inteligencia por el don de la sabiduría divina, del mismo modo que la práctica de la sabiduría cristiana como virtud, comprende, no sólo una parte de la naturaleza humana, sino al hombre entero, con su inteligencia, su voluntad, su corazón y sus actos. En esto se distingue de la ciencia, lo mismo de la ciencia puramente humana, que de ese don del Espíritu Santo que se llama don de la ciencia.

Así, pues, quien únicamente quiere tomar una parte del hombre, sea la inteligencia, sea el corazón, y perfeccionarla por modo exclusivo, no realiza la ley cristiana, ni cumple su empresa de cristiano.

Posible es que desee uno excitar la admiración del mundo por este medio; pero, en realidad, este método no conduce más que á deformidades, y con justa razón merece censuras.

No se satisfacen, pues, las exigencias del Cristianismo, si uno insiste exclusivamente en la ciencia, en la piedad ó en la actividad. Lo que únicamente constituye al cristiano es la unión armoniosa de todo esto.

De aquí la razón por la cual, á la cabeza de las virtudes cristianas hay, estrechamente ligadas entre sí las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. De aquí la doctrina del Apóstol de que la fe es necesaria, de que sin ella

(1) Thomas, 2, 2, q. 45, a. 2.

(2) Thomas, 2, 2, q. 19, a. 7; q. 45, a. 3.

nadie puede agradar á Dios, ⁽¹⁾ pero que la caridad es todo lo que hay de más elevado. ⁽²⁾

El que quiere satisfacer las exigencias de la fe, debe unir la ciencia y la acción. La comprensión, la explicación y la defensa de las doctrinas de la fe, en una palabra, la actividad de la inteligencia esclarecida con las luces de la gracia, son ciertamente hermosas cosas, pero su realización por la acción es más saludable y hermosa. El que, bajo la influencia de la caridad, une las luces de la fe á la práctica fiel de lo que cree, ha hecho todo lo que de él se exige.

7. Significación de la frase vía iluminativa.—Según esto, no es difícil responder á la pregunta de cómo puede ser realizada esta empresa.

El fin de la iluminación sobrenatural no consiste en llenar de ciencia fútil la inteligencia, sino en iluminar el alma, es decir, en ponerla en un estado tal, que dé á la verdad y á la pureza divinas la posibilidad de iluminarla por completo.

No hay duda alguna en que el trabajo que encuentra uno en la vía de la purificación contribuye también á esta iluminación. Porque mientras haya nubes de pecado y brumas de pasiones entre nosotros y el sol de los espíritus, no podrán penetrar sus rayos en nuestro corazón. «La sabiduría no entra en un alma maligna, ni habita en un cuerpo sujeto al pecado». ⁽³⁾

Así, pues, puede uno, en consecuencia, considerar como una preparación para la iluminación todas las prácticas del primer grado de la vida espiritual.

En este sentido, se explican muchas expresiones de santos que parecen atribuir á veces á la vía iluminativa cosas que, propiamente hablando, forman parte del camino de la purificación. Así es como San Agustín dice: «El que sabe lo que le falta, ha hecho ya un gran progre-

(1) Hebr., XI, 6.

(2) I Cor., XIII, 13.

(3) Sap., I, 4.

so». ⁽¹⁾ San Gregorio el Grande se expresa en términos análogos. Según él, «el primer grado del progreso consiste en alejarnos de nosotros mismos para acercarnos á Dios». ⁽²⁾

Lo que nos sumerge interiormente en las tinieblas, es, de un lado, el afecto exagerado que nos tenemos á nosotros mismos, y de otro, la mala inclinación que nos arrastra hacia las cosas exteriores. La primera es la causa y la segunda la consecuencia de nuestro alejamiento de Dios, luz eterna, fuente única de toda luz para nosotros.

«Si queremos, pues, que esta luz penetre en nuestra alma—dice Máximo Confesor—preciso es ante todo abrir las ventanas de nuestra casa interior al sol espiritual, cerrando las puertas y ventanas de nuestros sentidos á las cosas exteriores». ⁽³⁾

En seguida debemos purificar nuestra propia alma ⁽⁴⁾ de todo amor propio, y luego de todo acto malo al cual ha podido conducirnos aquél. Porque el mal es la verdadera causa de todo oscurecimiento interior. El oscurecimiento que proviene de la inteligencia es ordinariamente consecuencia del mal. ⁽⁵⁾ El pecado constituye las tinieblas propiamente dichas, del mismo modo que la luz propiamente dicha es la justicia. ⁽⁶⁾ «El que rechaza la justicia y ama el mal, odia la luz». ⁽⁷⁾ Tanto como se adhiera al pecado, huye de la verdad porque teme á lo serio y formal.

Si, pues, el hombre no se vuelve á Dios, no puede ser iluminado. Y mientras persista en no acercarse á Dios, permanecerá en las tinieblas. ⁽⁸⁾ Pero una vez separado de Dios, ya no se conoce á sí mismo, ni conoce el camino que le conduce á la paz y á su fin. ⁽⁹⁾

(1) Augustin., *Spir. et lit.*, 36, 64. Gueric., *In Epiphan. hom.* 3, 1.

(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 22, 46.

(3) Maximus Conf., *Alia Capitula*, 126 (Migne, 90, 1430, h).

(4) Basil., *Adv. Eunom.*, 1, 7 (Migne, 29, 525, a). Gregor. Naz., *Or.*, 40, 38 (Migne, 36, 413, a).

(5) Sap., X, 8; XIII, 7. Rom., I, 21.—(6) Gregor. Magn., *Mor.*, 29, 32.

(7) Ioan., III, 19, 20; VII, 7. Eph., V, 13.

(8) Gregor. Magn., *Mor.*, 11, 58.

(9) *Ibid.*, 5, 12, 13.

Por consiguiente, la conversión y la purificación del corazón son la condición preliminar indispensable para la iluminación; pero no son la iluminación en sí misma. En la vida espiritual no ocurre lo mismo que en la terrenal. En ésta, basta abrir las ventanas cerradas; pero en aquélla debemos pagar con nuestra persona para hacer penetrar en nuestro corazón las ondas de la luz divina.

Pues bien, tal es la empresa propiamente dicha de vía iluminativa.

No hay que decir que, en esta empresa, queda reservado el primer papel á la luz de la gracia divina, ⁽¹⁾ lo mismo en lo referente al tiempo que á la actividad. Si el Espíritu Santo no penetrase á nuestra alma, y no la iluminase así él mismo, permaneceríamos eternamente en nuestras tinieblas. ⁽²⁾

Ahora bien, este acto, no solamente no excluye nuestra propia actividad, sino que la provoca.

Así, pues, debemos ante todo hacer accesible nuestro espíritu á las palabras de la verdad, y aprovecharnos de todos los medios para apropiárnosla. ⁽³⁾

El conocimiento de la verdad despierta en seguida en nuestro corazón el deseo de poseerlo, así como su fruto, la paz. ⁽⁴⁾ Ahora bien, este deseo es una fuerza que nos ayuda á vencer nuestra pereza natural, ⁽⁵⁾ y á reavivar nuestro celo, para penetrar más y más profundamente en los misterios de Dios y de la vida espiritual. ⁽⁶⁾

Cuanto más nos familiaricemos con esta última, más aumenta nuestro amor por Dios, á quien debemos la alegría de poseer esta luz. Y cuanto más aumente nuestra

(1) Theodoret., *In Ep. ad Ephes.*, 5, 8 (Migne, 82, 544, b).

(2) Cyrill. Hieros., *Procatech.*, 6.

(3) De aquí el empleo de *φωτίζειν* en el sentido de enseñar, de instruir. Ya en los LXX: *Judic.*, 13, 8 (por lo menos en el Cod. A.); Cf. (Athanas.) *Synopsis S. Script.*, 17 (Migne, 28, 321, d), B a *συνβιβασάτω*; 4 (2) *Reg.*, 12, 2; 17, 27, 28. Clemens Alex., *Pædag.*, 10, 93. *Constit. Ap.*, 2, 5. Max. Conf., *In Dionys. Cæl. hier.*, c. 3 (Migne, 4, 50, a). Semejantemente, *φωτισμός* en el sentido de enseñanza (Clemens Alex., *Strom.*, 5, 10, 64).

(4) Gregor. Magn., *In Ezech. hom.*, 2, 8, 17.

(5) Cyrill. Alex., *In Ioan. Ev.*, l. 1 (Migne, 73, 148, c. d).

(6) Max. Conf., *Ambig.* (Migne, 91, 1160, c).

caridad, más aumentan también las luces de la inteligencia. ⁽¹⁾

Así es como la verdad nos ilumina desde luego por la fe, así es como ésta nos impulsa en seguida á practicar la caridad con obras, y es así como, por otra parte, el fuego viviente de la caridad y de las obras aumenta la luz que brilla en nosotros. ⁽²⁾

8. Sus dos principales prácticas.—Así se halla indicada la empresa de la vía iluminativa.

Esta empresa es doble. La vida de la planta puede hacérsola comprender.

Cuando, por la mañana, ha disipado el sol las brumas y celajes, la luz invade la tierra y despierta los gérmenes de la vida. Alzan entonces las plantas su cabeza, y aspiran, por decirlo así, sus rayos, sintiendo perfectamente que son para ellas un elemento de vida. Pero esto no basta. Si miran únicamente esta luz, no crecerán. Por eso la buscan con todas las fuerzas de su naturaleza. Tienden sus pequeñas ramas hacia ella, se bañan en sus rayos, aspiran su calor, y todas sus venas se dilatan.

Tal es el misterio del crecimiento de los vegetales. Las plantas hallan alimento en el sol y en el aire; pero su aspiración á la luz es lo que, en realidad, las hace crecer; se extienden, y crecen en el mismo grado que la absorben.

Algo de análogo hay en la vida espiritual, en esas dos empresas que comprendemos bajo el nombre de *iluminación*.

Una de ellas es más receptiva, aunque también exige actividad; la otra es la aplicación de las fuerzas propias para hacer fructificar las gracias recibidas.

Así como la planta debe ante todo aspirar la luz para despertar sus fuerzas vitales, así también el alma debe recibir en ella ante todo la luz de la gracia. Ahora bien, consíguese esto especialmente por la oración, y principalmente por la meditación.

(1) Gregor. Naz., *Or.*, 40, 5 (Migne, 36, 364, b).

(2) (Chrysost.), *De cæco nato* (Migne, 59, 543).